ESCLAVITUD Y REBELDIA EN *FORTUNATA Y JACINTA*

ROBERT KIRSNER

En la obra maestra de Galdós son las mujeres quienes se adelantan en su conducta. Cada una a su manera, claro está, Fortunata y Jacinta son las protagonistas rebeldes. Son ellas quienes se enfrentan con el destino. Las dos casadas (la novela lleva el significativo subtítulo, *Dos historias de casadas*) transcienden su respectivo papel de esposa; las dos se niegan a aceptar su dócil situación social. Embisten ellas. Al fin y al cabo son los maridos que terminan mal. Si Maximiliano Rubín no sabe palpar la íntima realidad femenina de su esposa Fortunata, tampoco logra Juanito Santa Cruz percibir el rencor explosivo de la suya. Y es precisamente Jacinta quien más se libera de su marido. En cambio, Juanito Santa Cruz, esclavo de los mitos sociales, queda inesperadamente fuera del juego social; humillado como esposo, apenas puede funcionar como amante. El matrimonio que tanto lo había protegido se deshace en polvo. El engaño había sido el cimiento de su existencia. Sin su raíz vital, Juanito Santa Cruz no es sino un escombro humano, desligado de la fábrica social.

En *Fortunata y Jacinta* Galdós se nos revela como profeta del feminismo. A la vez que punza el halo tradicional del machismo español, nos presenta un grupo de mujeres fuertes (además de las dos casadas hay otras como la prestamista y la "virgen fundadora") que luchan por desencadenarse de los conceptos sociales a que están aferrados. Los esclavos de la sociedad son los hombres, los mismos quienes la crearon tal como es.

La tradicional crítica literaria galdosiana tiende a enfocar a los personajes femeninos en términos románticos. Para Joaquín Casalduero, por ejemplo, Fortunata "no comprende nada que se relacione con el artificial mecanismo de la sociedad, estando siempre a defender sus derechos naturales."[1] Para María Zambrano, Benigna en *Misericordia* es la caridad misma, la reencarnación del bien.

> ¡Benigna! Todos viven apoyados en su frágil espalda, sostenidos por la incansable actividad de sus ligeros pies, consolados por la imperturbable alegría de su ánimo. . . .
>
> Por varios motivos atrae como ninguna otra la figura de Benigna . . .por lo que es en sí misma—agua pura y viva brotando entre escombros . . .libre de toda traba.[2]

El caso es que ni Fortunata es un ser natural a lo Rousseau, ni es Benigna una especie de Santa. Sobre todo en *Fortunata y Jacinta* se desenlazan los conflictos vitales de las mujeres novelísticamente, dentro de una tensión trágico-absurda que capta la ironía del vivir. Los personajes femeninos son "los galeotes" de la sociedad forjada, formada, y fermentada por los hombres. Y si son los presos, o sea las *presas* quienes se rebelan, son los gobernantes, los que han creado las leyes y el juego de los reglamentos sociales, quienes se convierten en sus propios esclavos.

En *Fortunata y Jacinta (Dos historias de casadas)* con simpatía hacia el género humano, se nos proyecta una clase de visión que levemente, sin rencor ni resentimiento, nos recuerda *Los sueños* de Quevedo. En términos genéricos el hombre se nos presenta como "el encadenador, encadenado." Esclavo de su propia tiranía, el hombre es incapaz (Evaristo Feijoo es la excepción) de transcender las barreras que él mismo ha creado. La mujer, en cambio, las salta cuando experimenta *la incitación* novelesca. Para ella, sea Fortunata o sea Jacinta, lo que se siente es lo que se vive. La vida femenina se desenvuelve inmanentemente.

En *Fortunata y Jacinta* se punza el glorificado halo que ha creado el hombre para su propia adoración—el bendito *machismo*. El hombre, en su misión donjuanesca, apenas llega a *la cumbre de su dominio masculino*. En algunos casos hasta se revela como un fracasado absurdo. El mito del donjuanismo se destruye por completo. El triunfo es de las mujeres: la esposa, la amante. Que el protagonista masculino se llame *Juanito* está muy bien; su nombre diminutivo está en sinfonía con las circunstancias vitales. Su labor cursi sólo impresiona a sus antiguos condiscípulos que todavía conservan su niñez espiritual. En realidad, literariamente hablando, la gran contribución de Juanito Santa Cruz es la de servir de *agente provocador*. Su propia personalidad no alcanza la talla de su esposa, Jacinta, ni la de su amante, Fortunata. El valor de Juanito descansa sobre su búsqueda de una posición social masculina, quizás ya entonces pasada de moda; su marcha hacia el donjuanismo hace posible la confrontación de dos heroicas mujeres cuyas vidas transcienden las pequeñas tramoyas de los vulgares aspirantes al donjuanismo.

Fortunata y Jacinta, dignas antagonistas, y siempre *antagonistas* más bien que enemigas, se destacan como heroínas; ésta como esposa vengadora que rehúsa aceptar su papel social de esposa burguesa; aquélla como rebelde que proclama su adhesión al matrimonio personal de amor por encima de su obligación social. Ya casada con Maximiliano Rubín, cuando vuelve a encontrarse con su primer y único amor (hay que insistir en que ¡Fortunata sólo se enamora una vez!), es decir, cuando Juanito Santa Cruz viene a pedirle perdón con la intención de aprovecharse del estado matrimonial de Fortunata, ésta le define su propia situación bien claro. Se traga Fortunata la cínica observación de su amante, "Ya sé que te has casado. Has hecho bien. Este 'has hecho bien' le cayó a la prójima como una gota fría en el corazón, trayéndola bruscamente a la realidad." Pero dentro de pocos minutos, después de explicar "el delfín" sus conceptos, Fortunata "que no entendía bien los conceptos" le suelta a él sus punzantes palabras que van cargadas de su realidad existencial irreductible: "—Mi marido eres tú . . .; todo lo demás . . .¡papas!" Sobresaltado queda Juanito Santa Cruz. La verdad de Fortunata está fuera del juego social. Su posición es completamente inesperada; el golpe es traumático. Los mitos machistas

no le sirven de apoyo a Juanito. "Elástica era la conciencia de Santa Cruz, mas no tanto que no sintiera cierto terror al oír expresión tan atrevida."[3] Y más abofeteado quedará Juanito al final de la novela con las palabras de su esposa, Jacinta. Si Fortunata le había causado algún terror, Jacinta lo destruye por completo. "No ser nadie en presencia de su mujer...experimentó por primera vez esa sensación tristísima de las irreparables pérdidas y del vacío de la vida... Claramente se lo dijo ella, con expresiva sinceridad en sus ojos, que nunca engañaban: —Haz lo que quieras. Eres libre como el aire. Tus trapisondas no me afectan nada." Y Galdós nos asegura que "esto no era palabrería..." (pp. 646-7). Entre paréntesis habría que señalar otro ejemplo de machismo exagerado dentro de la propia crítica literaria galdosiana. Ya medio siglo hace que L.B. Walton calificaba a Juanito Santa Cruz como "one of the great lovers of Spanish literature."[4]

Cuanto más disminuye la personalidad de Juanito Santa Cruz, tanto más aumenta la talla de cada una de "las dos casadas." Condenado a experimentar "el vacío de la vida," el Delfinito cae en las redes que él mismo ha creado, esclavo de su propio teatro, destinado a recrear su papel sin público que lo aplauda o lo vitupere. Su destierro matrimonial le quita su posibilidad de vivir dentro del *engaño*, y un don Juan sin *engaño*, no es nada, ni nadie. En cambio, las dos mujeres, Fortunata y Jacinta, en un lazo de simpatía que inspira mutua admiración de la una por la otra, imponen su *yo* individual al rebelarse cada cual a su manera en contra de la sociedad. La *pitusa* antes de morir afirma su parecido a la Delfina: "—Yo también ..., ¿no lo sabe usted? ... soy ángel ..." (p. 643). Y la Delfina mantiene su parentesco con la *pitusa* haciéndose cargo del hijo de ésta, como si fuera el suyo propio.

Además de las dos protagonistas, se destaca como gran rebelde social, "Guillermina, Virgen y Fundadora," también conocida como "la rata eclesiástica," "la comandanta," y "la Santa." Pero el apodo, cualquiera que sea, no le quita su dignidad:

> Era un temperamento soñador, activo y emprendedor; un espíritu con ideas propias y con iniciativas varoniles.... No se reconocía con bastante paciencia para encerrarse y estar todo el día bostezando *gorigori*, ni para ser soldado en los valientes escuadrones de Hermanas de la Caridad. La llama vivísima que ardía en su pecho no le inspiraba la sumisión pasiva, sino actividades iniciadoras que debían desarrollarse en la libertad. ... Si ... encontraba espinas, las pisaba y adelante, con los pies ensangrentados. (p. 78)

"El recto camino" que sigue Guillermina es totalmente novelístico. No faltan espinas y no pocas veces duda ella misma de lo que conquista a fuerza de sus armas. Guillermina experimenta la tensión de su existencia quijotesca. Las andanzas caritativas de Guillermina crean problemas para ella tanto como para los beneficiados. Su misión de hacer el bien no pocas veces resultan un desastre. Sus actividades desarrolladas en la libertad hieren sin querer. Su revolución cuesta sangre. Y ella tiene conciencia de su tragedia. En el momento de un engaño que ella creía justificado, se enfrenta con la realidad de su culpa. Fracasa en su intento de calmar las turbulentas aguas del mar apasionado en que velan las almas de Fortunata y Jacinta:

> —¡Pobre mujer!, yo tengo la culpa de las atrocidades que ha dicho usted, yo, yo. Dios me lo perdone, y la causa ha sido una farsa, una mentira ... Usted ha dicho cosas infernales que desgarran el corazón de mi amiga, y las ha dicho porque creía que hablaba sólo conmigo. Pues la he engañado a usted, porque Jacinta está escondida en aquella alcoba.

Y cuando todo se descubre y la Delfina llama "ladrona" a "la pitusa," ésta responde, "la ladrona eres tú..., tú!" Como declara Moreno-Isla "—Estas cosas le pasan a mi querida tía por meterse de redentora" (pp. 481-2). A los hombres de la novela apenas les pasa nada; a nada se meten. Es decir, a nada se meten que no sea aprobado dentro de su destino social. El papel inesperado lo hacen las mujeres.

El único personaje masculino, verdaderamente simpático y levemente rebelde, es quien representa la futura imagen que quisiera tener el autor de sí mismo. Sin embargo, aun en este autorretrato venidero, el sabio Evaristo Feijoo, no se enfrenta cara a cara con la sociedad sino que la esquiva. Su rebeldía mantiene equilibrio social; Evaristo Feijoo jamás deja de guardar el decoro. Por dentro se ríe de la sociedad; por fuera es el soldado leal de ella. Feijoo, a diferencia de Fortunata, Jacinta y Guillermina, se mantiene alejado; es actor y público a la vez. Pero jamás pierde su objetividad. En fin, su confrontación es más bien intelectual que personal.

El contrapunto artístico que se experimenta en la amistad entre Feijoo y Fortunata pone de relieve el irreductible papel de esclavo que tiene que representar el hombre en su sociedad. Llámesele *dignidad, decoro* o hasta *civilización*, por inteligente y sensible que sea, encuentra el hombre un pretexto para no zafarse de las trabas sociales. La apariencia, la bandera que ha forjado el hombre para verse él correctamente fuerte y privilegiado jamás la abandona. Su *yo* vital es transcendente; el honor, masculino es. La pobre Fortunata, en cambio, no es patriota social: "Es que Fortunata no servía para cortesana, y sus fingimientos eran tan torpes, que daba lástima verla fingir" (p. 326). Sin embargo, Evaristo Feijoo que desdeña el matrimonio ("sigo creyendo [dice él] que el casarse es estúpido y me iré para el otro barrio sin apearme de esto" [p. 398]) con toda bondad, con afecto y compasión, trata de convencer a Fortunata que ésta vuelva al pobre diablo que es su marido. "...Fortunata no podía con la gusanera de pensamientos que *le llenaba toda la caja de la cabeza.* ¡Volver con su marido! ¡Ser otra vez la señora de Rubín!" (p.403). Pero Feijoo, alistado a la sociedad como fanático soldado, ligado a su tradición, exhorta lealtad social: "...siempre, siempre, en todo caso y momento, hay que guardar el decoro...—Guardando ... las ... apariencias, observando...las reglas ..." (p. 402). Y en efecto, Feijoo le aconseja que vuelva con su marido, que mantenga las apariencias, y que dentro de ese marco escenográfico, haga ella lo que le dé la gana. "Hay que dar al corazón sus miajitas de carne; es fiera, y las hambres largas le ponen furioso; pero también hay que dar a la fiera de la sociedad la parte que le corresponde para que no alborote" (p. 401).

Si Fortunata hubiera sabido representar el papel social según la dirigía Feijoo, claro está, no habría llegado a ser el personaje novelístico que es. Además, habría perdido su brío de mujer encantadora, rebelde que hasta en su muerte inspira admiración y amor.

> —¡Ah, señora—dijo [Ballester] a la fundadora, secándose las lágrimas—, veo que se asombra usted de verme llorar así, y de estas demostraciones. . . . Es que yo la quería mucho . . ., era mi amiga . . ., iba a ser mi querida . . ., digo . . ., no, dispense usted; éramos amigos . . . Usted no la conocía bien; yo sí...Era un ángel....(p.644)

En cierta medida es Jacinta hasta más rebelde que Fortunata. Si ésta no sabe bien fingir, aquélla no quiere hacerlo. Jacinta se niega a aceptar el papel de "perfecta casada" de la burguesía del siglo XIX. Fortunata rompe con su matrimonio porque no sirve para "cortesana"; Jacinta deshace el suyo porque rehúsa ser una dolorida "víctima." Ella, tanto como Fortunata, inesperadamente deshila el tejido matrimonial. "La situación desairada en que esto le ponía, inflamaba más y más el orgullo de Santa Cruz, y ante el desdén no simulado, sino real y efectivo, que su mujer le mostraba, el pobre hombre padecía horriblemente, porque era para él muy triste, que a la víctima no le doliesen ya los golpes que recibía" (p. 646). Es que la nueva víctima es él, esclavo de su propia tiranía. El aspirante al *machismo*, impulsado por un sentimiento de narcicismo parasítico, se desploma ante la rebelión de su esposa. Sin público, el pequeño don Juan no tiene salida.

El hilo transcendente irónico de *Fortunata y Jacinta* se experimenta a través de la actuación social de hombres y mujeres. Dentro del juego sexual se contrastan las actitudes de hembras y varones. Estos, quienes idean la estructura humana colectiva, o sea la manera de conducirse, se convierten en esclavos de su propia honra (por ejemplo, tanto Juanito Santa Cruz como Maximiliano Rubín); aquéllas, hembras como Mauricia la dura y doña Lupe la de los pavos tanto como Fortunata y Jacinta, se niegan a aceptar el destino que les corresponde y se rebelan con toda la fuerza poética que les es posible. Si en forma se distingue la expresión individual de cada cual, conforme con su cultura y posición social, en su íntima realidad esencial todas ellas izan la bandera de la misma revolución.

University of Miami

[1] Joaquín Casalduero, *Vida y obra de Galdós* (Buenos Aires: Losada, 1943), p. 89.

[2] Benito Pérez Galdós, *Misericordia* (México: Editorial Orión, 1967), pp. XIX-XX.

[3] Benito Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta (Dos historias de casadas*, (México: Porrúa, 1971), pp. 322-3; todas las citas de la novela serán de esta edición.

[4] L.B. Walton, *Pérez Galdós and the Spanish Novel of the Nineteenth Century* (New York: Dutton, 1927), p. 172.